

# Sábado

Revista Semanal

Primer año

MEDELLIN, 25 DE JUNIO DE 1921

Número 8



JOSE MONTOYA

VALOR  
15 Cts.



DIRECTORES:  
CIRO MENDIA  
GABRIEL CANO

# SABADO

REVISTA SEMANAL

PUBLICADA POR LA  
SOCIEDAD EDITORIAL  
LITERARIA

Primer año

MEDELLIN, 25 DE JUNIO DE 1921

Número 8º

## NOTAS LITERARIAS

Para "SABADO"

La cultura de un pueblo incipiente necesita la abnegación a ella de algunos espíritus avanzados y generosos, en labor constante y sin vergüenza, y grande empuje de juventud. La revista literaria es un apostolado como cualquiera otro, que ahí queda, con vida larga, cada una por su época, como jalón del progreso en la ascensión penosa de los pueblos a la cima de perfección; y la responsabilidad de la levadura que puso en las conciencias. Donde no hay, como entre nosotros—sino por raro acontecido—literaria producción en libros, la revista es el refugio único de los que escriben, el campo en donde debe mantenerse encendido y fresco, como una flor social, el culto excelso del arte.

Quiero con esto decir que el grupo selecto—si se apura raro—que ha emprendido la publicación de *Sábado*, procurando cumplir la función cultural de la adelantada juventud de ahora, merece ser solicitada con simpatía, que se le allane el camino; y no, en ninguna manera, regar con el agua fría del desaliento y la indiferencia a escritores y lectores, que pueblo escéptico o desentendido de las cosas del espíritu, es pueblo sin alma, oscuro y fuzag.

Loor, estímulo, a quienes miran, con mirada codiciosa, las cumbres que representaron al través de los siglos toda grandeza artística, a quienes miran abrumados de envidia y de ambición santa y fecunda, las doradas eminencias que irradian luz sobre los tiempos: Grecia divina y armoniosa; el portentoso renacimiento italiano, elegante y sensual; la mística española de los siglos XVI y XVII, que enalteció a la par, en filigranas de arte literaria, la lengua de Castilla y el puro sentimiento cristiano; y la Francia moderna, suma de plena gracia espiritual.

Hay una recompensa, quizás no hartó analizada todavía, para escribir en estas tierras donde eso no es oficio y donde no es ocurrencia que se presente a cada rato la de las obras maestras. Y es la posibilidad de una pronta consagración y la fijeza desinteresada de la reputación que da.

He visto consumir enormes energías por gentes que tenían talento del bueno—expresión antioqueña, si no estoy equivocado—en campos diversos de actividad, con buen provecho inmediato, decepciones tempranas, y olvido seguro, a poco más andar, aun antes de morir.

Y a otros, al parecer pobres gentes, despreciados a la hora de las opulencias, crecer en prestigios con el tiempo, gozar de algún renombre y dejar poca memoria, sólo porque algunas veces atinaron con la

combinación de palabras y la interpretación de sentimientos que corazones ávidos y mentes soñadoras habían sentido y querían ver escritos.

Alguno, de clara comprensión, me decía en cierta oportunidad política, que no hay para qué recordar, ni es discreto, que en Colombia no había más que dos medios de ganar popularidad, conviene a saber: la espada y la pluma. Y agregaba que no había quién ignorara en nuestra patria quién era el autor de las «Cigüeñas blancas».

El prestigio de las espadas lo va amenguando la paz civil, larga y fecunda.

En cambio, las plumas mandan.

Resulta ineficaz en literatura, para hacer obra de mérito, el que tiende a abarcar mucho. Aspirar a componer obra de carácter general en novela, comedia, cuento o crítica—a estas alturas de la civilización mundial—en un país donde no hay todavía tradición literaria, gusto nacional formado, diario palpitar de arte, ni medios de universal cultura, es ostensible quimera. En cambio la obra modesta de lo local, de lo propio, lo casero, hondo, sentido, con el modo de sentir personal—que cada uno que escribe lleva en su fantasía un órgano musical que marca el ritmo de su prosa o de su verso—puede resultar de harto mérito, y en ocasiones, acaso, rara obra maestra.

Una preparación técnica en maestros de buen decir, clásicos y modernos, y dejar que el sentido personal de la emoción indague en lo diáfano del vivir cotidiano el momento fugaz y eterno del colorido local, del hablar propio e ingenuo; del sentir espontáneo, hé ahí a mi parecer, el secreto para hallar la única magia, el dón potencial, que en literatura enaltece, consagra y hace perdurar: la originalidad.

No dejarán que incurra en caso de condenación, por falta de verdad, el recuerdo de la *Maria* de Isaacs; novelas y cuentos de Carrasquilla y Rendón; y versos límpidos y sonoros, como manantiales purísimos que bajan cantando de la sierra, por obra de los vates ingenuos que consagró la fama: Gutiérrez y Mejía.

Sería pueril y tonto entrar a demostrar la conveniencia, la necesidad y la urgencia de un teatro propio regional y popular. Pero sí es menester estimular la publicidad de la dramática inédita y salvar de la muerte, dentro del cuerpo de los autores y actores, la obra no creada por falta de ambiente.

En la evolución de un pueblo de conquista cristiana, ya semicivilizado, que tiene los modelos de los cultos de la tierra, con los que vive en contacto en algún modo, el teatro no tiene que empezar su desenvolvimiento por las «tabarinadas»—como en París—, sino procurar hacerse a la técnica extranjera y aplicarla a las cosas y pasiones propias (¡y qué pasiones y cosas!) para dar vida a imaginarios seres



«nuestros», dignos de la escena y atrayentes del pueblo espectador.

El peligro que existe es la copia servil de lo ajeno, el puro plagio, sin emoción personal, sin sentimientos vividos, sin paisajes vistos de ambiente y alma; o sea, sin aproximación a la naturaleza, maestra inagotable del arte.

Es raro que sólo ahora, después de un dilatado silencio de años, se empiece a procurar la creación del teatro propio, cuando, entre las artes, son las que convergen a la escena las que ofrecen mayores tentaciones y provocaciones para los que nacieron con la tendencia a las mentiras que germinan la belleza.

La notoriedad para la novela y el cuento (pongo de ejemplo por ser lo que más se cultiva por acá) suele no venir sino a la postre de la vida o cuando ella ha fenecido. En cambio, el artista de teatro recoge en plena juventud, a la misma hora del gesto que triunfó, la gloria y la ganancia, que en una noche de fiesta y de embriagueces de arte le salen al encuentro, como en cortejo, las tempestades de aplausos, las coronas de flores y el áureo caudal.

Ser actor y autor de teatro son oficios remuneradores. Y la obra literaria es más limitada, de menor gasto de tiempo y energía, que otra vez de ejemplo—el arte complicado, de verdadero orfebre, paciente y lúcido, del cuento y la novela.

Hay en nuestra sociedad aficiones que ya empiezan a destacarse, prometedoras, vencedoras; y gracia y hermosa no escasean; y cuántas y cuántas, hasta ahora desconocidas, que triunfarían con gestos inmortales de risa o de tragedia, cuando la agitación social, dejando a ratos otras actividades (que a muchos sólo les han brindado decepciones, caídas e íntimos dolores) procure a la ciudad un desenvolvimiento plasmante y armonioso, como eco lejano del amplio ideal latino.

José MONTOYA

Junio de 1921.

## El lamentable silencio del Arte

El cultivo de la literatura es función noble y meritosa en los pueblos que se desarrollan armoniosamente. Y es siempre esa ocupación espiritual la creadora de valores morales; y sugiere, con frecuencia, el progreso material, fecundando las fantasías con visiones grandiosas de reconstrucciones futuras.

Son los pueblos espirituales los que dejan más honda huella en la historia. Grecia antigua y Francia moderna, capitales del espíritu, puras fuentes del arte, refugio de la gracia, de la elegancia, son también las cunas de las almas completas, que se dilatan en el tiempo por todos los siglos: de almas rientes, estoicas, proceras, que saben presentarse ante la muerte, como ahora los franceses, serenamente, por afianzar los más nobles ideales, admirables actitudes eternas.

Cada pueblo refleja sus virtudes, sus méritos, sus valores espirituales, en el Arte. Y, ¡ay de los pueblos que no cultivan la belleza en obras diversas del ingenio! puesto que de esa suerte carecerán de fisono-

mía propia espiritual, vivirán, cuando más, apegados a otras artes—pues que a nadie le es dado sustraerse del todo a esa ansia insaciable—parasitariamente.

Antioquia laboriosa y constructora, fanfarrona e hiperbólica, desarrolló, en mi concepto, dos ciclos completos literarios, en producción constante, fecunda y paciente, creando una literatura propia, de la cual hay novelas y cuentos dignos de duración y dilatada estima.

Mas, es notorio que la actividad generosa y lúcida de los escritores de Antioquia ha decaído. Se ha llegado a un silencio casi absoluto, que parece revelador de debilidad y agotamiento en los que ya dieron de sí su cosecha; y de que no hay escritores nuevos que acometan la labor de renovación con la audacia, el entusiasmo e idealismo propios de todas las juventudes en cuantos tiempos y lugares palpité la vida.

Hé ahí una interrogación dolorosa que hacemos a las nuevas generaciones.

Esta Antioquia, orgullosa de su acción progresista sobre los destinos de la República, fue presentida por los escritores de pasados años, en cláusulas fervientes.

Enaltecieron esos escritores a los campesinos antioqueños, que son los que en labor paciente, oscura y silenciosa, en el corazón de las montañas, han creado la riqueza innegable, el nombre limpio y la fama extendida de los montañeses. Pregonaron también, loados sean, la virtudes domésticas de las mujeres que cantó con encanto Jorge Isaacs en «La tierra de Córdoba», a saber: la hospitalidad, la economía y la fidelidad y fecundidad de las esposas. Revelaron el secreto del éxito comercial, que ha consistido en el buen uso del crédito, por el propósito, nunca jamás desmentido, de cumplir religiosamente la palabra empeñada. E hicieron trascendental el heroísmo para el trabajo de colonización y de conquista que caracteriza a estos rudos labradores de la tierra. Así, con la lírica de poetas y glosadores se iba redoblando la fe en las empresas de conquista pacífica que hoy presencian asombrados otros lares.

De ese primer ciclo hay producciones espontáneas y hasta ingenuas, como «El cultivo del maíz», de Gutiérrez González, y «El canto del antioqueño», de Epitafio Mejía; y glosas entusiastas y romances conscientes, llenos de santa pasión regionalista, producciones diversas de Manuel Uribe Angel, Fidel Cano, Camilo Botero Guerra, Carlos E. Restrepo, José María Escovar, Francisco de P. Muñoz, los Ospinas, y otros varios, que no mencionar no es olvidar. «La Tertulia Literaria» fue su academia, y tuvo sus principales órganos de publicación en La «Miscelánea», primero, y después en «El Montañés», revistas mensuales harto leídas, y que sirvieron de estímulo al cultivo del arte, con no cansado brío, durante muchos días.

El segundo ciclo, que considero cumplido ya, lo caracteriza un cultivo intenso de la novela y el cuento, con la aparición de varios escritores de positivo valer, por sus innegables dotes creadoras, y que, sin desdenar la tradición regionalista, empezaron a ensanchar los horizontes del arte, tomando sus asuntos de la propia vida nuestra, pero sin dejarse llevar demasiado, algunos poco o nada, a la obra



tendenciosa, hiperbólica y primitiva, de sus líricos precursores.

Una nueva Revista, ahora grandemente ilustrada y con aspiraciones a toda manifestación de arte: literatura, pintura, música, poesía; y con amplios propósitos de libertad, se publicó durante dos años: *Lectura y Arte*. Créese el «Centro Artístico», nueva corporación para los estímulos de Arte, donde se dictaban, con harta frecuencia, conferencias públicas. Y ruidosos concursos literarios, para celebración de Juegos Florales, se llevaron a cabo, procurando gratas revelaciones de escritores jóvenes y dotando a las letras regionales de no pocas obras de aquilatado mérito.

Entre los cultivadores de la novela y el cuento no dejaré de nombrar, en estas páginas de sugestión patriótica, a varios de los autores de las más notables obras: Tomás Carrasquilla, Efe Gómez, Francisco de P. Rendón, Samuel Velásquez, Roberto Botero Saldarriaga, Eduardo Zuleta, Alfonso Castro y «Gaspar Chaverra».

Rendón, únicamente, ha muerto. Y ni siquiera se han escrito las páginas dolientes que la desaparición de tan donoso ingenio hubiera dictado en cualquier pueblo grato a sus servidores espirituales.

Se me dirá: Pero la Asamblea de este año ha consagrado a su memoria una Ordenanza de honores. ¡Malhaya la Ordenanza! Que recuerde que fue Diputado a la Asamblea y Miembro de la Constituyente y Legislativa del Quinquenio, el ingenioso, el insuperable autor de «Inocencia». Oh, tristeza, oh, decepción irredimible!

Los últimos esfuerzos plausibles del cultivo del arte literario en Antioquia fueron «Alpha», «Arte» —hermosa revista ilustrada—, «Panida» y «La Semana».

Después... el silencio, casi el silencio absoluto. En estos días, como una momentánea exhalación, «Ariel».

La Antioquia cercana que se vislumbra, ahora sí verdaderamente grande y fuerte, ¿por qué no tiene sus precursores literarios?

Era ya época de estar en un tercer ciclo literario, que exhibiese la obra sazónada, con primores de arte propia, generosa, vibrante y comprensiva, que con tan apreciables precedentes era dado esperar, no aventurado sentir fundadamente.

¿Por qué se ha truncado la evolución anhelada del arte?

No puede haber pueblos gloriosos sin juventudes idealistas, generosas, abnegadas, audaces, acometedoras. Las naciones nuevas y tropicales, cuando tienen acelerado desarrollo, con funciones libres y armónicas, llegan a veces en sus literaturas osadas hasta la agresividad espiritual que remueve los cimientos de sociedades preritarias y reconstruye modernas ciudades emancipadas.

En pueblos dominados por tiranos sin corazón para los hombres ni ánima para las artes, es posible el apaciguamiento completo; el miedo universal, la cobardía de las letras, con mueca de almas despavoridas; la oscuridad y el silencio; y sólo pueden medrar—ya nunca brillar ni ser gloriosos—los seres bajos que van arrastrándose lastimosamente a lamer las manos que los azotan.

Esto no puede suceder jamás en pueblos democráticos y libres como el nuestro.

No callar más debiera ser la nueva consigna; es hora oportuna de que las letras ayuden, con su obra generosa, a la preparación del porvenir. Que se rompa el silencio, el lamentable silencio del Arte.

José MONTOYA

Junio de 1918.

## EL ARTE DE ESCRIBIR

Para «SABADO»

### II

En su obra *Le travail du style enseigné par les corrections manuscrites des grands écrivains* analiza Antoine Albalat, con perseverancia de erudito y de aficionado a la literatura, varios originales que se conservan en las bibliotecas, en los que aparecen los borrones y las raspaduras que necesitaron algunos grandes escritores para llegar a poseer un estilo propio y correcto. En tal sentido figuran en la obra curiosos estudios sobre Boileau, Pascal, Buffon, Fénelon, La Fontaine, Racine, Massillon, Malherbe, Chateaubriand, Stendhal, Flaubert, Victor Hugo, Jorge Sand y Teófilo Gautier. Antes de conseguir en esos escritos una redacción definitiva, el período tiene que pasar por varias operaciones, que recuerdan los procedimientos empleados en la fabricación de telas. Ni los más inspirados ingenios son capaces de improvisar una obra de mérito. Del primer trazo es imposible obtener una buena copia de la realidad o la vestidura galana de las invenciones de la fantasía.

Albalat considera a Flaubert como el primero de los prosistas franceses del siglo pasado, título glorioso en un país tan fecundo en grandes escritores. Lo llama el Cristo de la literatura, es decir, el mártir. Fue el apóstol del estilo. La mayor parte de los escritores trabajan; Flaubert se mató. La muerte le sorprendió casi con la pluma en la mano. Una labor intelectual excesiva minó su fuerte organismo de normando. En esa lucha tenaz buscaba la frase, la palabra exacta, más que otra cosa. Para él, la forma lo era todo.

Empleaba cinco años en escribir un libro que se lee en un par de horas. Y eso que ninguna otra ocupación distraía su tiempo, consagrado totalmente a la literatura. Recluido en la provincia, sin atenciones sociales ni de negocios, podía dedicar de lleno sus horas a escribir. Y así, apenas componía dos páginas por semana, considerándose dichoso cuando llegaba a quince páginas en el mes. Odiaba sobre todo el «estilo disé», los lugares comunes, la banalidad... Esas expresiones vulgares, «*toutes faites*», según dicen en francés, como: «*La tristesse régnait sur son visage*», «*la mélancolie était peinte sur ses traits*», etc., le producían repugnancias y por tanto procuraba evitarlas a todo trance, a costa de estudio y de desvelos. Lo banal era su pesadilla. (Usamos los términos *banal*, *banalidad*, equivalentes a *trivial*, *trivialidad*, por considerarlos galicismos aceptables).

Faguet sostiene que Flaubert tenía necesidad



de trabajar así, porque realmente escribía mal. Pero no es lógico que la sólo consagración lleve al resultado de figurar como el primer escritor francés. Por mucho que sirva el estudio, también las disposiciones naturales, eso que se llama el genio, entran en la maestría. Si ésta dependiese de la constancia más que de otra cosa, los genios serían menos escasos. El arte de escribir surte sus efectos cuando a la afición y al trabajo se unen el talento y cierto buen gusto natural, que las buenas lecturas acaban de formar.

«Todo estilo debe ser lapidario», dice Schopenhauer en su libro *Escritores y estilo*, cuya lectura resulta muy interesante para los que se dedican a escribir. A primera vista, parece que el estilo conciso fuera más fácil que el estilo ampuloso. Pero sucede, por el contrario, que la pobreza de ideas se suple con la hojarasca de la frase. «Escribir con concisión es más difícil que escribir amplificando—dice don Juan Valera.—De aquí que se escriba tanto para decir tan poco: a menudo para no decir nada».

Juan de Valdés, en su *Diálogo de la lengua*, nos recomienda su procedimiento: «Escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar vocablos que significo lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible, porque en ninguna lengua está bien la afectación». Pero Schopenhauer contradice esta teoría: «Escribir como se habla—dice—es tan condenable como lo opuesto, que es querer hablar como se escribe; porque hace el estilo pedantesco y a un tiempo incomprensible». Y es verdad que lo escrito rechaza esas superfluidades comunes en la oratoria.

La sólo concisión no es suficiente para recomendar un estilo. La propiedad y la pureza, unidos a la elegancia y la armonía, son su complemento. La lectura del Diccionario de la lengua es necesaria, cuando se desea conseguir un estilo castizo y variado. Mucho se dice en contra del Diccionario, y en efecto, el de la Academia Española no es obra perfecta, por lo que en ella falta, y también por lo que en ella sobra. Es, sin embargo, con sus imperfecciones, el fruto de las labores de muchos sabios, y representa un esfuerzo superior a las capacidades de un hombre, por inteligente que sea. El caso de Littré es una excepción de la regla. Además, a Littré no le quedó tiempo para dedicarse a escribir literatura de entretenimiento, en la que hubiera podido lucir su pericia en el idioma.

El diccionario será, pues, obra utilísima de consulta, y aun debe procurarse su lectura de seguido, con las respectivas anotaciones, de manera que la tarea resulte más provechosa. El que realmente sienta afición por su lengua, encontrará en ello solaz y pasatiempo, fuera de la utilidad que le reporte. Hallándose enfermo el doctor inglés Gaisford, pidió que le llevaran algún libro agradable; y como le presentaron una novela de Walter Scott, la rechazó y pidió algo más divertido para él: un Diccionario griego... Claro está que la mayoría del vulgo prefiere las *Aventuras de Raffles* a la lectura del léxico, pero se entienen que los escritores forman la excepción.

El estudio de las obras clásicas de cada idioma, y de las obras maestras de la literatura universal, constituye otro auxiliar poderoso. Ya que no siempre es posible conocerlas en el texto original, deben ele-

girse buenas traducciones. Para leer con provecho, aconseja Albalat tomar notas, por el sistema de papeletas (*fiches*), clasificadas por nombres de autores. «Las papeletas—dice—son indispensables a la erudición. Todos los sabios las emplean. Sin este método, nada tendríamos, siendo indispensable para conservar lo que se lee. Es un tesoro que se amontona, y basta hojearlo más tarde para que el fruto resalte con limpidez. Por este sistema, la instrucción resulta fácil. Los sabios lo saben, y por esta razón son modestos». En cambio, los ignorantes juzgan siempre que el empleo de citas corresponde a un alarde de los que mangonean de eruditos.

De otra manera las lecturas se olvidan, se embrollan y resultan inútiles, como fue estéril la vida literaria del florentino Antonio Magliabecchi, llamado «el devorador de libros», quien pasó su vida entre libros, pues ni dormía ni comía sino entre ellos, y sin embargo no dejó escrita ni una obra. La lectura lo absorbía de tal modo, que no le dejaba campo para escribir.

Y no hay duda que una lectura bien dirigida y metódica, acompañada del análisis detenido de cada obra, es una gimnasia intelectual preciosa, indispensable, que nos enseña a pensar y a expresar nuestros pensamientos. De manera que el que nutre su inteligencia, encuentra siempre a mano ingredientes para entretener y a la vez para instruir a sus semejantes.

Que es el más alto fin de la literatura.

Bernardo VELEZ

## ALLA LA MUERTE LLEGA POR EL CERRO

Allá la muerte llega por el cerro que se levanta a Oriente de la casa; las gentes de estos campos aseguran que en el fondo del monte es su morada.

Hace bien pocos días que una tarde (tan sólo de entre dos o tres semanas), vieron las gentes de estos tristes campos una gran sombra extrañamente blanca.

Y ya pasados cuatro o cinco días, del cerro aquel, al pie de una barranca, encontraron, pudriéndose, en el césped el cadáver del perro de la casa.

Y ayer no más, tendido en el camino que lleva en dirección hasta la estancia, encontraron también los campesinos el cadáver de «Mon», la hermosa vaca;

Y hoy, para probarnos que el camino abierto está para su gran jornada, la muerte penetró, y fue en el amo, dueño y señor de la pequeña casa, donde el golpe asestó, duro y certero, de su temible y ávida guadaña.

Allá la muerte llega por el cerro que se levanta a Oriente de la casa; las gentes de estos campos aseguran que en el fondo del monte es su morada.

Pepe MEJIA

Original para SABADO



# Los enjambres incendiados

(Edmond Rostand.—Póstuma).

La primera nota bárbara de los alemanos, cuando invadieron a Bélgica, en 1914, fue poner fuego a varios campos de apicultura en Frambois, hasta el punto de hacer correr arroyos de cera y miel.

*Es claro que hayan puesto fuego a nuestras colmenas.  
Abeja—bordón de arpa en el azul sonoro—  
pues ellos no han vencido, si aún vibran tus antenas,  
postrer vestigio atado de nuestra edad de oro.*

—¿Por qué ardéis mis enjambres? Pregunta la voz sana del cura de Frambois a la turba alemana.

—Esta es la guerra, el jefe le responde agresivo.

Si, guerra de la horda contra el enjambre activo.

—Por qué incendiar abejas, hombres sin corazón?

•—Porque en su labor hacen un ruido de oración.

Recordad que en Bruselas los bravos invasores  
tentan orden de entrar destruyendo las flores;  
y aquellos, satisfechos de odiar y obedecer,  
las corolas chafaban con insano placer.  
Que ahora incendian enjambres, con goce de fiera,  
es lógico sistema; el del ave de presa.

Abejas que crepitan bruscamente en el cielo,  
luego ríos de cera que perfuman el suelo.  
¿Qué importa? Si arden una, surgen otras sin fin,  
cual La Fontaine, Platón, Virgilio, Maeterlinck,  
que fluyen, cual vosotros, desaparecen, oh abejas,  
pero que al punto brotan en robustos renuevos,  
y que en protesta muda, ahogando amargas quejas,  
acendran nuevos mieles en odres también nuevos.

La abeja es el espíritu de las etéreas salas;  
gota de miel que sube temblando entre dos atas.  
Ella es el noble gusto, la selección, el tacto,  
es la vaga armonía, es el esfuerzo exacto,  
es el gran equilibrio, es la sabiduría  
donde la inteligencia humana se extasia.  
Por eso a los tentones a servir no se inclina;  
con su dulce orden pugna la ferrea disciplina.

Si; el enjambre murmura, y en el nombre de Dios,  
preciso es que el germano estrangule su voz.

La abeja, que no pesa sobre el tece botón  
y que cree que no tiene derecho al aguijón  
sino en el caso único de defender su miel,  
la abeja es importuna al saqueísmo cruel  
que sólo ataca al débil y que forja martirios  
de ciudades formadas con azúcar de lirios.  
Preciso es que ardan todas las colmenas doradas  
para que ni un susurro de amor haya en la guerra,  
y que sólo contengan las encinas taladas  
aspisas venenosas entre nidos de tierra.

*Lo que el invasor quiere, ¿quién lo sabe o lo ve?  
La materia es lo único que va quedando en pie,  
sin dejar en el alma del hombre—cruel empeño—  
ni un enjambre dorado, ni un refugio de ensueño.  
No quedará al vencido, en su amada vid vieja,  
ninguna abeja, y cuando digo ninguna abeja,  
quiero decir que nada de ideal y de etéreo,  
nada de noble, puro, armonioso y aéreo,  
nada que vibrar haga un corazón latino,  
ni tan siquiera un libro, que es nuestro pan divino,  
pues si a palatascar fuésemos a Ronsard, por azar,  
ya agriadas hallaríamos los mieles de Ronsard.*

*Frutos de siglos, donde hasta la fiera amaina:  
miel de Frambois, humilde, regia miel de Lovaina.  
“Ah—dice el viejo cura—por que los victimarios  
hacen ríos de fuego de mis pobres nectarios?”  
A lo que estos responden con voz que el dolo encierra:  
“Estu es la guerra”. Y tienen razón, esa es SU guerra  
Porque en cuanto a la nuestra . . . . .*

En los primeros días,  
cuando iban hacia Bélgica nuestras caballerías,  
se cuenta que una tarde, coraceros franceses  
cruzaban una aldea de Flandes.

Los arneses  
iban todos cubiertos de rosas perfumadas,  
y los héroes cantaban, con voces apagadas,  
La Marsellesa. Aquello era sólo un murmullo,  
pero tan imponente, que de cada capullo  
parecía surgir, sin gesto y sin lenguaje,  
el alma de la raza tras el florido encaje.  
Porque era la conciencia, porque era la razón,  
formaba aquello un ruido de ciclón y oración.  
Amenazante y pío, feroz y sin agravios,  
casi no se veía ni moverse los labios;  
era cual si un murmullo brotase de las rosas;  
y aquellos que veían, con pupilas florosas,  
el florido desfile, tras las brumas bermejas,  
oían una extraña Marsellesa de abejas.

Y es así como Francia convierte, bajo flores,  
el ruido de la guerra en arrullo fecundo,  
y marcha triunfadora contra los invasores  
a defender las glorias y las mieles del mundo.

JORGE S. ROBLEDO

Traducción para SABADO



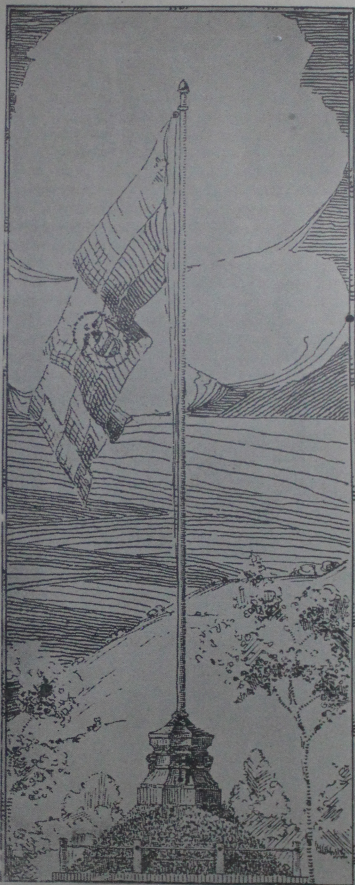
# NOTAS GRAFICAS



Srta. MARIELA ECHAVARRIA  
(De Medellín).



EL CARICATURISTA VELEZ, por Isaza



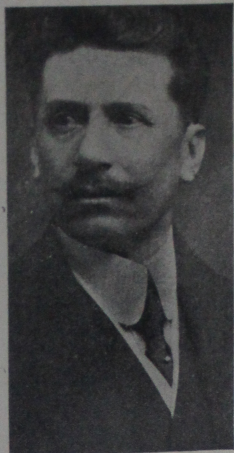
MONUMENTO A LA BANDERA EN EL BOSQUE DE  
LA INDEPENDENCIA, DE MEDELLIN.

Esta patriótica iniciativa de la S. de M. P., ha encontrado inmediato y eficaz apoyo entre los Ingenieros de Antioquia, quienes han querido contribuir en diversas formas a su realización. El proyecto que hoy publicamos es obra de los Arquitectos señores Félix Mejía & Co., de esta ciudad.





EL EX.GOBERNADOR BOTERO, POR VELEZ



Doctor JULIO E. BOTERO,  
quien ha renunciado la Goberna-  
del Departamento de Antioquia, en  
la cual sucedió al General Pedro  
Nel Ospina en 1919.



UN DOMINGO EN EL SALON DE TE



Doctor MANUEL MARIA TORO,  
nombrado Gobernador de Antio-  
quia, en reemplazo del doctor Ju-  
lio E. Botero.



## LA LUMBRE

Ahora de invierno, en el campo, las noches son ásperas y hostiles. Toda la naturaleza está impasible y entorpecida, esperando la fermentación violenta de las savias. Los árboles yerguen los brazos desnudos, miserables y suplicantes. Y las aguas que en el otoño estaban pálidas y quietas, y que en mayo producían claros murmullos tan melódicos como el ritmo de un idilio latino, tienen ahora voces vengativas y malvadas. El viento es ronco y lento, como un canto católico de oficios; las lluvias caen de arriba como escarnios triunfantes y ruidosos.

A veces viene la luna; no aquella inmaculada luna de color de ópalo de donde se exhala una niebla magnética, que pone al alma dulcemente enferma, sino una luna metálica, fría y lívida, como la faz de los cuerpos difuntos.

Ahora el hombre siente su pequeñita e inútil alma hundirse en el tedio, silenciosamente, como un navío roto en un dique, y va por instinto a darse a la intimidad consoladora del hogar, de las brasas y del fuego.

Y mientras la fuerza vital se disuelve en una fluida somnolencia, él siente a sus pies una vocécita alegre, inquieta y clara, que le habla como en un éxtasis profano:

«Soy yo—dice la voz,—yo tu vieja amiga y camarada la lumbre, la buena lumbre. Soy yo tu viejo Dios misterioso. Yo, que te quiero bien y que te dí lo que hay en tí de grande y de justo: la familia y el trabajo. Mi historia es triste, luminosa y terrible, inmundada y suave. Yo fui tu compañero en las noches de la India, el consolador y el purificador; yo fui el Moloch de las religiones de la vieja Africa, ensangrentado y trágico; y soy ahora el esclavo a quien tú mandas mover las máquinas».

«Siempre escondido y silencioso, ocupando en el rincón el más pequeño espacio de la casa, vengo todo jovial y rabioso cuando me llamas, y me quedo en tus negras horas de dolor y de miseria, callado al lado de tí, lamiéndote los pies como un perro. En la India ¿te acuerdas?, durante las noches primitivas, yo fui el buen Agni que te iluminaba, que espantaba a los chacales y a las panteras y protegía como un templo tus amores religiosos y sencillos. Me escondí en las piedras y en los palos secos; así, dondequiera que tú fueses, ya solitario, ya en compañía, me encontrabas siempre a tus pies, bueno y humilde. Al pie de mí creaste la trinidad humana de la familia...»

«Al pie de mí era donde tú descansabas de tus bárbaros trabajos, al principio cuando la vasta y hostil naturaleza te combatía...»

«Y yo era el amigo único, el aliado radiante, y yo tuve la confianza de tus primeros besos. Y yo sabía tus dolores y tus miedos...»

«Tenía en derredor de tí la hostilidad dispersa: la gran selva tenebrosa, que después fue para tí cuna, leña, morada, navío, defensa y fuerza; pero que era entonces tu inminente sepultura. Cuando salías de junto a mí, de tu cabaña arrodillada al sol, encontrábase solo entre los seres implacables: el mar, que te

aullaba; la vegetación espinosa, que te mordía; la lluvia, que te helaba; la nieve, que te ofrecía sus sudarios. Todo, bajo la presión enfermiza del sol, era para tí fuerza enemiga o forma resplandeciente del mal... y sólo cuando volvías, encontrabas tu buena lumbre, que te enjugaba, que te alumbraba, que te daba el pan, la fuerza o la fe, y luego la mujer, mi compañera celeste y silenciosa, esperando tus cansancios. Ella hilaba, limpiaba el suelo de la cabaña, sacaba el agua fresca y adormecía al hijo en el seno blanco, como en un lecho espiritual; yo estaba quieta y atenta, combatiendo la sombra y la noche, venciendo la humedad traicionera, haciendo un dosel de la vida para tu sueño, dando a la cabaña la serenidad tibia y a tus fatigas un paraíso de sosiego, de silencio y de calor».

«Yo era el purificador de tu naturaleza. Era el Dios presente y bueno que fecundaba las almas, fortalece los brazos y ampara en la hora de los dolores».

«Yo tengo aún por tí aquel amor servil y adulator que se glorifica cuando ama y tiene un éxtasis, cuando se entrega a una humillación; cuando te apartas, cuando me dejas, quedo triste, me amortiguo, se desvanecen toda esta gran alma de llama, que te quiere también, y sólo quedan las brasas aún cálidas, aún rojas pero ya inertes, llenas de hollín; precisamente como el cuerpo de un amor abandonado».

«Pero cuando vienes hacia mí, cuando me extiendes la mano, como para un halago; cuando me revuelves, despierto, revivo, canto salmos de luz, me quiebro como una mujer cuando se abandona; tengo opacidades que son grietas de fuego, excitilaciones que son besos; y así como para una muchacha hacia quien vuelve el inconstante novio, amado a pesar de todo, toda la tristeza se deshace en risa, para mí, desgraciado, que no tengo la risa, aurora sonora de los labios, todo mi dolor y mi abatimiento se desvanecen deshechos en humo...»

«Por tí he hecho el mal. Fui yo quien maté a Jordano Bruno y a Juan Huss; ¡tantos santos y tantos mártires, tantos alucinados de Dios! Fui yo quien quemé en las ciudades misteriosas del Africa, las criaturas y las vírgenes en el altar de Moloch».

«Por tí, yo, que soy la paz, fui la devastación. Estoy fatigado. Durante algún tiempo he sido el camarada, el amigo, el siervo, el vigía, el perro, el confidente, el pan, el calor, la vida... ¡No quieras que yo sea el verdugo! Podría ir contigo insensiblemente —hogar, si tu amor era quien me atizaba; incendio, si era tu cólera—en el tiempo en que tú eras una fuerza inconsciente y fatal... Mas hoy eres una conciencia. Contigo sólo me aliaré para ser fe, consuelo y paz. Siendo paz y fe, es como yo te he consolado de las servidumbres dolorosas».

«En el tiempo de las catedrales, cuando tú nada tenías, ni el amor ni el pan libre, ni la voz ni el sueño, ni la esperanza, yo te dí lo que más agrada al esclavo: el derecho de mandar. En derredor de mí la familia se arrodillaba a tu voz, rezaba a tu mirada, levantaba la hostia del amor a tu corazón. Eras siervo y tenías estas grandezas; era yo quien te las daba. ¿Cómo? Por la fe, por la paz, por el consuelo, por la unión. Para tí, yo he representado la esencia humana. Yo he abogado por la causa de la vida...»

«Mi irradiación lenta y amorosa disipó el mis-



ticismo... Yo soy el bién. La familia, el trabajo, la educación, esta trinidad misteriosa de la vida, todo está en mí. Toda la felicidad humana canta, ama, ora en el círculo de mi luz. Todo lo de más allá es sombra; sombra en la pared y sombra en el alma. Buscas el ideal en la religión, en la conquista, en el arte; ¡en vano!... Trabajas, enfermas, mueres, te pudres; ¡vida inútil!...

«Los únicos momentos verdaderos y sanos fueron aquellos en que estuve al pie de mí, mirando castamente a la mujer, enseñando a leer a la criatura.»

«¿Te acuerdas de la India?»

«Allí tenías una cabaña, tu mujer, más dulce y blanca que la lana de los ovillos, y el hijo, encarnación misteriosa del amor de las almas, y mi dulce presencia. Trabajas, te calentabas, amabas, dormías. El alma vivía en el estado de presentimiento.»

«Después de eso, has tenido una vida legendaria de luchas, de creaciones, de religiones, de conquistas, de descubrimientos, de ideas...»

«Qué aumentaste en tí Nada; sólo la tristeza, el desfallecimiento, el dolor y el mal. Eras puro y sano; estás mórbido y enflaquecido. Eras fuerte; estás raquítico. Eras sereno; estás torturado. Tu buena risa es una triste ironía, y tu mirada es una áspera desconfianza.»

«Tenías por enemigo a la Naturaleza. ¿La venciste? Nó. La absorbiste. Y todo lo que ella tenía de terrible y doloroso, todo lo tienes tú hoy: la independencia desesperada del mar, el misterio enfermizo de la selva, la inquietud del viento, el llanto afligido de las aguas, la oscuridad supersticiosa de los astros, todo hoy está en tí con sordas irritaciones, con rebeliones formidables. Ahí está. Cada vez que te apartaste de mí, del sosiego de mi calor, regresaste trayendo una llaga.»

«Fuiste a crear el misticismo; viniste con nostalgia incurable. Quisiste crear los derechos del hombre: encontraste un mal divino llamado libertad, que va siempre huyendo de tí, y sólo a veces se vuelve de repente para salpicarte de sangre. Quisiste erigir la adoración del cuerpo y de la materia exclusiva; trajiste el movimiento disolvente de la fuerza y del egoísmo brutal. No has dado un paso de más hacia el bién. Tus obras están ahí, inmensas, acumuladas, contradictorias e inútiles. Tienes una complicación infinita de alas que te impiden el vuelo.»

«A mí me abandonaste.»

«Yo no me apagué. Durante las revoluciones y las luchas anduve errante, miserable, abrumado de infamias y para vivir vendiéndome al verdugo...»

«Pero conservé siempre mi llama, casta y familiar, para el día en que quisieras venir tristemente y secarte a mi calor de la sangre de tus hermanos.»

«Ven a mi lado. Soy completo. Correspondo a todos los instintos luminosos, o sagrados, o materiales, o lascivos. Yo te doy el pan, el calor, la fortaleza; te doy las visiones que son la poesía del movimiento en el alma; te doy la sensualidad somnoliente que exhala amor; te doy la serenidad que dispone para la contemplación, y la fuerza que prepara para el trabajo. Yo soy la curación inteligente y buena, la curación natural. Yo te alumbró en las vigiliadas dolorosas. Cuando estás abatido por la enfermedad, yo, pequeño y encogido, tiemblo al pie de tí. Cuando mueras

y tu alma vaya a partir, te alumbraré el camino de Dios. Yo rodeo a Cristo en los altares para que tú lo veas bien. Cuando andas junto al mar, yo soy en las playas el grito que te llama.»

«Y qué haces tú en pago de este amor que te doy, que crea y que purifica? Me abrumas. Me haces esclavo de las máquinas. A mí, que arrullaba las almas, me haces mover los aceros. Arrullo que era amor, movimiento que es fuerza: los dos términos de tu vida. ¡Pureza y putrefacción! Yo, que vivía, iluminaba y creaba en libertad, estoy encarcelado y martirizado en la tarea mortal de las industrias. Me haces el motor de la miseria. En las fábricas, las criaturas enfermizas, los niños depauperados, las mujeres extenuadas y sollozantes, son mis víctimas.»

«Soy el colaborador de los martirios que les infliges. Tú, hombre, coges el fuego, el sér sagrado, por auxiliar de ejecuciones. Me concedes como salario la infamia. Haces de mí explosión. ¡Me obligas a devastar en la guerra!...»

«Yo soy la pureza, el trabajo, la familia, la pasión casta; me llevas a ser el mal, la vivez, el llanto y el dolor. Tengo un cortejo de ambulancias, ¡yo que era el firmamento de las almas!... ¡No! ¡Maldito sea el árbol que consienta en ser horca y el fuego que consienta en ser explosión!...»

«No quiero que en mi vegetación de luz brote una gota de sangre. No quiero que el viento, al arrullarme, haga saltar los gritos y los llantos que se hubiesen anidado en mí. Tú, hombre, sé piadoso y justo. Yo ilumino lo más que puedo en las iglesias; pero parece ser que tú no ves bien a Cristo. No, déjame ser la pureza, la gracia, la familia, la intimidad casta y el bien. Te lo pido, arrastrándome como un mendigo. ¡Oh, hombre; oh, mi viejo camarada de las Indias! no me hagas ser explosión, muerte y devastación, para que yo, en el día de la pureza y de la castidad, cuando esté alumbrando y calentando los besos, las canciones y las cunas, no sienta entre mis llamas bailar espectros!...»

EÇA DE QUEIROZ

## LIRICA ANTIGUA

### SONETO X

¡Oh, dulces prendas por mí mal halladas,  
Dulces y alegres cuando Dios quería  
Juntas estáis en la memoria mía,  
y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas  
horas en tanto bien por vos me vía,  
que me habiades de ser en algún día  
con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora junto me llevastes  
todo el bien que por términos me distes,  
llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes  
en tantos bienes, por que descastes  
Verme morir entre memorias tristes.

GARCILASO

Garcilaso de la Vega nació en Toledo en el año de 1503 y murió en 1536. Como soldado fue aspejo de valientes. Hablaba el griego, el latín, el toscano y el francés; manejaba las armas con destreza, tenía una altura de gigante igual a la de Gervasio. En España es le llamó y se le llama el PRÍNCIPE DE LOS POETAS CASTELLANOS.



## LA CORZA

Si algo ha habido en este mundo sin complicaciones, fue esa pasión; y si ha existido lirio alguno más blanco, que venga a defender su derecho. Se hubiera podido escribir en la cara de una estrella sin riesgo de mancharla.

Ello fué así:

Apenas llegó a la hacienda, pinches y pajes y aun los señores de escaleras arriba lo bautizaron con el nombre de Atahualpa, por la regia indiferencia con que tomó posesión de oblacones, potreros y pesebreras. Sólo una cocinera opinaba que debían llamarlo Tormento, por la altanera elegancia con que se burlaba de los cercados, saltando por sobre ellos como si fuera de caucho.

—¡Qué lindo animal!—decía su dueño frotándose las manos.

Y era verdad. Jamás se había visto por aquellos contornos un florecimiento de la vida más acentuado ni más llamativo; blanco, de crines aborascadas y crespas, límpido el ojo y vivaz, y dibujado todo el cuerpo con una corrección como si lo fueran a colocar por una eternidad sobre un pedestal de granito.

Y a darse la gran vida. Pues nó, que a pesar de las contemplaciones en que ordenó su amo que se le tuviera, no era feliz, porque no era libre. Envuelto en halagos y casi idolatrado, se aburría el hermoso soberano como en un destierro, y dejaba pasar las horas dando vueltas en el pesebre y buscando salida por todas partes.

Sin embargo, todas las noches lo largaban en una dehesa, y al sentirse suelto agachaba la cerviz, y dando un bote ganaba tres metros de tierra, ponía la cola a modo de cascada, levantaba la cerviz luego, como a oír un aplauso que venía de lo alto, y la llanura, así fuera continental, le quedaba estrecha. Aplacado después y a trote corto iba a ver con quiénes se las tenía, y aquí era el desencanto: potrillos medrosos y noveleros y mulas indiferentes y apacibles; ni siquiera otro soberano a quien armarle penencia y tumbarle la corona en la llanada.

Con qué avaricia de libertad contemplaba al caer la tarde las llanuras lejanas donde se destacaban las yegudas tranquilas entre las brumas violetas del crepúsculo. Tarde la noche se oía por las orillas de los rastrosjos su reclamo de libertad en un haz de sonidos como de melancólicas flautas.

Su continua palpitación, ese borbotar de la vida, tánta inquietud, no le habían dado tiempo de fijarse en el amante desequilibrado de tímido corazón que a prudente distancia lo iba siguiendo desde que llegara a la hacienda. Una mula negra, a quien llamaban la Corza por lo delgada y flexible, se pasaba los días mirando al través de los cercados al blanco prisionero, y apenas lo largaban en el gramal perdía ella también su brevedad serena, agachaba la cabeza loca de felicidad, y dando una serie de corcovos, a seguir detrás de Atahualpa toda la noche.

Amor más desinteresado bañó jamás corazón alguno. La adoración silenciosa de la sombra al cuerpo, que se deja pisotear y que va besando los pies que le pisan. Atahualpa no la había mirado nunca ni senti-

do el fluido magnético que páрте de los corazones que se presienten o se aman. ¿Y eso qué le importaba a ella? Lo amaba con el inocente encanto con que todas las cosas se enamoran del sol. Si por casualidad se veían juntos en la pesebrera, con tímido continente se hacía a un lado, como diciéndole al amado que él era el primero; y sólo probaba de las sobras del pienso cuando Atahualpa volteaba displicente a mirar con nostálgica dejadez los horizontes infinitos y profundos.

Si alguna vez les tocaba hacer camino en compañía, podía el hermoso caballo volar cuesta arriba o lanzarse por cualquier precipicio, con la seguridad de que la Corza iba a su pata, alada como un pájaro, ligera y espiritual. Después, si a ella le tocaba romper la marcha, se dejaba rasgar los ijares a espolazos y prefería regar el sendero con hilos de sangre antes, que no ver delante la nivea silueta de su amor. Precediéndolo, se sentía de plomo; para seguirlo, era un espíritu.

Y sin embargo, para Atahualpa la ingenua mula no representaba nada en la vida, no le era un estorbo, ni un halago, ni un inconveniente, ni una fascinación, ni nada; era simplemente una mula que, petrificada en cualquier momento, hubiera seguido siendo para Atahualpa siempre una mula. Quizá lo tuvo en cuenta una vez para darle dos patadas en el corazón; tiempo perdido: ella se lo encontró en el camino de su existencia y siguió tras él naturalmente, como la mariposa, que a pesar de la muerte se enamora y se va detrás de mortal candelada. ¿Qué le hacía que Atahualpa dejara caer sobre ella olas y olas de indiferencia? Ningún mártir ha preguntado quién ha de pagarle el sacrificio.

Y se iban los días serenos y dulces para ella. Respetosa y humilde, no se atrevió jamás a empañar con su aliento el satín brillante de la piel de Atahualpa, ni a estorbarle un solo paso; y aunque él le hubiera dicho: «acércate, hermana mía», tampoco hubiera acortado los tres metros que los separaban a toda hora. Un río de ángeles podía correr por entre los dos sin ser interrumpido jamás.

La indiferencia mortal del caballo no logró apagar el divino incendio de la mula. La existencia de la Corza era para Atahualpa algo inocuo, que no quitaba ni ponía en la vida del amado. Hubiera podido caer muerta a sus pies sin riesgo de que él se detuviera a ungrir su cadáver con una lágrima. El se dejaba amar con el abandono inconsciente de un arroyo, que aunque se vea erizado de fúlgidos cambios al beso de la luz, jamás se detiene a decir: «muchas gracias», y sigue su camino, pensativo y preocupado sólo con la amplitud de los mares.

¡La mística resignación de la Corza!

Una tarde se le envenenó a Atahualpa el corazón con la belleza de las llanuras lejanas, en que se columbraban las plácidas yegudas como pintadas a esfumino sobre el fondo dorado de occidente, y después de dar vueltas a montones en torno del potrero y de relinchar con doloroso afán miles de veces, resolvió saltar por encima de un cercado de estacones y abrir las alas en busca de libertad. La Corza lo seguía, mirando en silencio todos sus movimientos.

Atrevido el caballo se lanzó con empuje vital en un salto curvado por encima del cerco, a caer en la



dehesa colindante; pero lo hizo con tan mala suerte, que tropezó con la lanza de un horcón, en la cual quedó ensartado, y con el cuerpo en balanza. Agitando las patas en el vacío se hundía la aguda punta en el estómago del desgraciado, abriendo pavorosa brecha, hasta que, falseada la talanquera en largo trecho, se fue al suelo, dejándolo caer en tierra tembloroso y convulso. La Corza había dado un brinco rápido y esbelto y lo aguardaba al otro lado de la valla, previsiva y paciente.

Trágico y valeroso se levantó Athualpa, soñando todavía, y avanzó en busca de las azules llanuras de la libertad, ornando el pastal con arroyos bermejos que a la luz de la luna se veían negros como gasas mortuorias. A los veinte metros se detuvo sintiendo los intestinos enredados en los cascotes: blandamente se fue al suelo, y empezó la agonía. La Corza se detuvo a esperarlo, inquieta al fin por un confuso toque de alarma que surgió en las vaguedades de su conciencia al sentir el olor de la sangre.

Con la majestad serena de la fuerza vencida se moría la olímpica belleza entre una ronda de perfumes vagabundos y el amoroso susto de la Corza. Exagerada como Petronio al lado de Eunice y entre un festín de estrellas, indiferente y hermoso se fue hundiendo dulcemente, en la umbría misteriosa del silencio, y al fin quedó su cuerpo inmóvil, refulgiendo a la luz de la luna, clásico y armonioso mucho más que el de Atinoo, el amado de los artistas.

Después, el hondo silencio.

A la media noche se condensó definitivamente en la voluntad de la Corza la idea de la muerte y se acercó al amado; alargó el cuello, tendió las orejas hacia adelante, retrocedió asustada y salió corriendo, y se quedó solo Athualpa, entre el sangriento titilar de los cocuyos, con su blancura cincelada.

Al amanecer se acercó la mula otra vez; con blanda solicitud tendió el cuello, colocó la trompa encima de la cabeza de Athualpa y dejó caer dos lágrimas que rodaron como de una flor sobre la frente de aquel dios de la hermosura.

El día amaneció paramentado de neblinas lechosas que descansaban a nivel sobre los campos; una como tristeza blanca había caído sobre los montes, los llanos y los ríos, y se veía colgada de las sierras y de los picos de las montañas, como si se fuera a enterrar una virtud entre las frondas del olvido, y no un montón de carne.

Muy entrado el día los pajes de la hacienda coligieron por la silueta oscura de la Corza que cerca de ella andaba Athualpa. ¡Su sorpresa al encontrarlo muerto! Maldiciendo su mala fortuna, dio orden el amo de que lo enterraran; era demasiado lujo para las gallinazas.

—¡Vaya de aquí! Gritó un peón dándole a la mula con una regatón en la cabeza. Ella se retiró paso a paso a una orilla del potrero y se metió entre un soto de lianas y carrizos, a suspirar. De cuando en cuando rebuznaba en un manejo de notas descoyuntadas, como si una mano de acero la estrangulara, y volvía a agachar la cabeza y a azotarse los ijares con la cola. ¿Por qué quitárselo? ¿Qué celos podían tener de un helado bloque de azabache tallado en forma de una mula? ¿No veían que ella había sido hecha de nieve, hojas de lirio y santidad? Su amor era una obla-

ción a la naturaleza a través de un brote de soberana hermosura.

Con toda su belleza y su porte impecable y su pelambreira de plata bruniada, Athualpa cayó patas arriba entre un hoyo, y luego lo tapanon con tierra. Volvió la llanura a quedar en silencio.

Por la tarde salió la Corza de entre el rastrojo, llevando enredado en el cuello un festón de bejuocos y ramas florecidas que arrastraba por sobre la tierra, como cosas de alas caídas. Se inclinó a oler la tierra debajo de la cual dormía su amor, sacudió la cabeza y cayó sobre la tumba un montón de batatillas azules.

Samuel VELASQUEZ

## LOS NIÑOS



DARIO MEJIA MEDINA

## ATENAS

(De Arturo Graf).

La tierra en que nació queda en Oriente,  
y es de un monte de mármoles vecina,  
y mira del confin, vasto, esplendente,  
el Egeo de clámide azulina.

Ebria de aire y de sol, calladamente  
se aduerme a influjo de visión divina,  
y entre las rosas y el olivo siente  
intacta crepitar su gran ruina.

La tierra en que nació, propicias horas  
tuvo; surcó triunfante el mar profundo,  
y pobló remotísimas arenas

y de frentos invictos o creadoras  
soberbia madre fue, y enseñó al mundo:  
La tierra en que nació se llama Atenas!

GUILLEMO VALENCIA



## EL GAS

Hoy el tema del día es el Gas. Creemos interesante examinar el problema tal como se presenta en sus diversas faces. Nuestros lectores y, sobretudo, nuestras amables lectoras, tendrán hoy el fruto de nuestra observación y experiencia en el asunto.

**Higiene y Aseo.** El empleo del gas será un gran paso en este sentido, pues trae consigo la supresión del humo; los muros de las cocinas, por lo tanto, no volverán a estar tristemente enlutados; las sirvientas no tocarán con sus manos sucias, después de manejar el carbón, los alimentos; éstas no tendrán más ese aspecto fastidioso debido a la mugre del carbón y el hollín; y los sucios delantales no darán ya a nuestras *cordons* la apariencia de deshollinadoras.

El aparato de gas es limpio. No da ningún olor. No comunica, por consecuencia, ningún mal sabor a las comidas. Es además de fácil manejo y no presenta ningún peligro. De tan sencillo manejo es, que la joven esposa puede de su propia mano proporcionar a su marido el encanto de un delicado plato, y en ausencia de la cocinera, cosa muy frecuente, puede desempeñar sin esfuerzo alguno y sin perjuicio para los quehaceres domésticos, los hoy penosos oficios de la cocina.

**Economía.** Los aparatos de gas están siempre listos para funcionar y no hay necesidad por tanto de dejar el fuego siempre encendido, como es necesario con el carbón. Se enciende sólo cuando hay necesidad y se puede extinguir en cualquier momento. El aparato de gas, con sus quemadores, es muy eficiente, pues aprovecha la mayor parte del calor en el cocimiento de los alimentos, lo que no pasa en los fogones comunes de carbón, donde la mayor parte del calor se desperdicia en el fogón mismo, el cual tiene un cuerpo demasiado grande para calentar, calentando éste a su vez el aire de la cocina y elevando en ésta la temperatura. Agréguese que la cocinera no tiene que permanecer constantemente en la cocina, pudiendo así desempeñar otros oficios de la casa mientras está arreglando los alimentos.

**Estética y Salubridad.** La mayor parte de la leña y el carbón se trae de los alrededores de la ciudad, lo que significa una constante y progresiva disminución de la vegetación, resultando ser esto un inconveniente tanto para la estética de nuestros campos como para la salubridad y riqueza de las

aguas. En Medellín, desde hace años, se viene protestando contra los desmontes que constantemente se efectúan en las hoyas de Santa Elena y Piedras Blancas.

**Disminución de la mano de obra.** Se debe hacer cuenta del número de hombres que pasan la vida en talar árboles para traer leña y carbón a la ciudad, pensando que esos mismos trabajadores pueden utilizarse más útilmente en los importantes cultivos de todos los frutos que el suelo fértil de Antioquia nos dará en abundancia después de un cultivo intenso y racional.

**Conveniencia arquitectural.** El precio del terreno en Medellín obligará, sin duda, en un futuro próximo, a modificar la forma de las construcciones para ganar en altura lo que se pierda en superficie. No vemos bien la cocina actualmente instalada en el tercer

piso de un Apartamento, con su transporte constante de carbón y de cenizas, en lugar de una pequeña instalación de gas, cómoda y sencilla.

**Peligro.** Sólo nos queda un punto sin tratar. ¿No habrá peligro de explosión o de asfixia con el gas? En Europa, donde la cocina a causa del frío está encerrada dentro de cuatro muros, sí. Ocurre algunas veces que a causa de la imprudencia de personas descuidadas suceden accidentes; pero aquí, donde la cocina es al

aire libre, el gas que se escapara del aparato por algún olvido, se perdería inmediatamente sin peligro alguno. Supongamos que alguna sirvienta olvide cerrar la llave y que el gas se escape; este inconveniente se subsana con el empleo de los aparatos automáticos que proporcionan o dejan pasar sólo determinada cantidad de gas mediante la introducción de una moneda; una vez consumida esa cantidad, el automático se cierra instantáneamente, quedando así aislada la instalación de la tubería de la calle.

Estimo que la instalación de una Planta Productora de Gas en Medellín sería no solamente un gran progreso sino también un magnífico negocio para la Compañía empresaria y una grande economía para el público.

Agustín GOOVAERST

Arq. belga.

Especial para «SABADO»

### Nuevos Directores de «SABADO»

La Sociedad Editorial Literaria ha nombrado Directores de la Revista «SABADO» para el nuevo período, a los señores

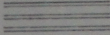
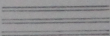
BERNARDO VELEZ y F. VILLA LOPEZ.

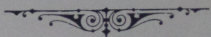
A éstos deberá dirigirse en adelante la correspondencia relacionada con la colaboración literaria y gráfica.



En esta fotografía puede observarse la sencillez del aparato de gas en la cocina y la comodidad y limpieza que proporciona a esta importante sección del hogar doméstico.



LLEGARON CIGARRILLOS  
 "PALMA HABANOS"   
 y  
 "PALMA CORRIENTE"  
 Fumé, volví a fumar y no  
 fumaré de otros



CANUTO TORO M.

ha trasladado su almacén a la Calle de Colombia, local que ocupaba "La Primavera"

VENTAS POR MAYOR Y AL DETAL

Teléfono 2-8-5

Es exclusivamente de contado toda venta al detal.

SI SON LEGITIMOS

y muy baratos, los sombreros

"BORSALINOS"

Que está vendiendo el acreditado

Almacén A. B. C.

PAGO ANTICIPADO

La Revista SABADO no servirá suscripciones sin el pago anticipado de su valor.

Todo suscriptor deberá renovar su abono al terminar el que haya pagado, pues de no hacerlo así, la Administración le suspenderá el envío.

La Empresa está segura de que es la única forma de adquirir vida larga e independiente, y por lo tanto no hará excepción ninguna en este sentido.

SOCIEDAD EDITORIAL LITERARIA

Propietaria de la Revista «SABADO»

Puntos de venta

permanentes de la Revista

"SABADO"

Librería Restrepo  
 Librería Cano  
 La Pluma de Oro  
 Papelería Nacional (Imprenta Editorial)  
 Tipografía Industrial  
 Agencia Rendón  
 «La Morgan»  
 El Correo Liberal  
 El Espectador  
 El Conservador  
 S. de M. P.  
 Club Unión  
 Moras & Cia.  
 La Bastilla  
 Chantecler  
 El Polo  
 Pedro Montoya  
 La Costa  
 El Vesubio  
 Monserrate  
 El Tennis  
 Café Madrid  
 Kioskos F. C. de Antioquia  
 Kioskos F. C. de Amagá  
 Manuel Isaza  
 Farmacia Latina

Valor del ejemplar. \$ 0.15

Papelería Nacional (Imprenta Editorial).





## Hechos positivos

Cada día aumenta el crédito de nuestro calzado. Ello se debe a lo siguiente:

**Materiales:** Empleamos únicamente materiales finos, de lo cual se ha ido convenciendo el público mismo.

**Acabado:** Nos esmeramos por presentar cada día mejor la obra, y lo hemos conseguido.

**Precios:** Está probado que los nuestros no admiten competencia.

**Servicio:** Atendemos a nuestra clientela con esmero, y no omitimos esfuerzo para dejarla complacida.

Visite nuestro Almacén, hágase Ud. nuestro cliente, y se convencerá de lo que le decimos.

Cía. de Calzado **"Reysol"**

Edificio Lalinde, N°. 238

Calle de Colombia.